



El pájaro Lluc

En un bosque encantado, donde las hojas jugaban con los rayos del sol y los arroyos acompañaban el aire fresco con su murmullo, vivía el pájaro Lluc. Era pequeño y vivaracho, con plumas de colores tan brillantes como las piedras preciosas. Aunque era alegre y juguetón, tenía un problema que le preocupaba mucho: no sabía construir su nido.

Los demás pájaros del bosque parecían expertos. Con ramitas, hojas, paja e hilos de hierba preparaban hogares acogedores y seguros en los árboles altos. Lluc lo intentaba una y otra vez, pero siempre acababa con un montón de ramas desordenadas.

Una mañana, mientras volvía a intentarlo, apareció Marta, una mirlo de canto melodioso y reconfortante. Al verlo tan apurado, decidió ayudarlo.

—¡Hola, Lluc! Mira cómo entrelazo las ramitas, con cuidado y sin prisas —cantó.

Lluc observó atentamente cómo Marta tejía su nido. Sin embargo, cuando trató de imitarla, las ramas se le escaparon de las patas. Cuanto más lo intentaba, más se frustraba, hasta que terminó muy



triste.

Más tarde, mientras paseaba sin rumbo por el bosque, se encontró con Pep, un pájaro carpintero fuerte y hábil. Sus golpes resonaban entre los árboles. Al notar la tristeza de Lluc, le ofreció ayuda.

—¡Ven! Te enseñaré a sujetar las ramas más gruesas con firmeza —le dijo con voz tranquila.

A pesar de sus consejos, Lluc seguía sin conseguir un nido estable. Con el corazón encogido, voló hasta la parte más alta del bosque, donde vivía Nina, una lechuza conocida por su sabiduría.

Un nido con su propio estilo

Nina lo escuchó con atención. Después de pensar un momento, le dijo:

—Cada pájaro tiene su propia manera de hacer las cosas. No necesitas construir exactamente como los demás. Utiliza lo que has aprendido y combínalo con tus ideas.

Animado por aquellas palabras, Lluc decidió probar de nuevo. Esta vez añadió detalles que le gustaban: pétalos de flores para decorar, hojas suaves para estar cómodo y una de sus propias plumas como firma especial.

Con paciencia y cariño fue entrelazando las ramas. Aplicó lo que Marta le había enseñado y recordó cómo Pep sujetaba las piezas más grandes. Poco a poco, el montón de ramitas empezó a convertirse en un hogar de verdad.



Después de muchas horas de trabajo, terminó su nido. Era una pequeña obra de arte, llena de color y con un estilo que reflejaba su carácter alegre y creativo.

Los pájaros del bosque volaron a su alrededor, sorprendidos por su belleza y originalidad. Lluc se sintió orgulloso de su esfuerzo. Había descubierto que podía aprender de los demás sin dejar de ser él mismo.

Desde entonces ayudó a los pájaros más jóvenes. Les enseñaba a construir con cuidado y a encontrar su propia manera de hacerlo, sin miedo a ser diferentes.

Lluc vivió feliz en su hogar de colores, rodeado de amigos. Aprendió que las dificultades se pueden afrontar con paciencia, ayuda y determinación.

Su historia nos recuerda que todos somos únicos. Escuchar a los demás y confiar en nuestras propias ideas puede llevarnos a crear cosas maravillosas.